

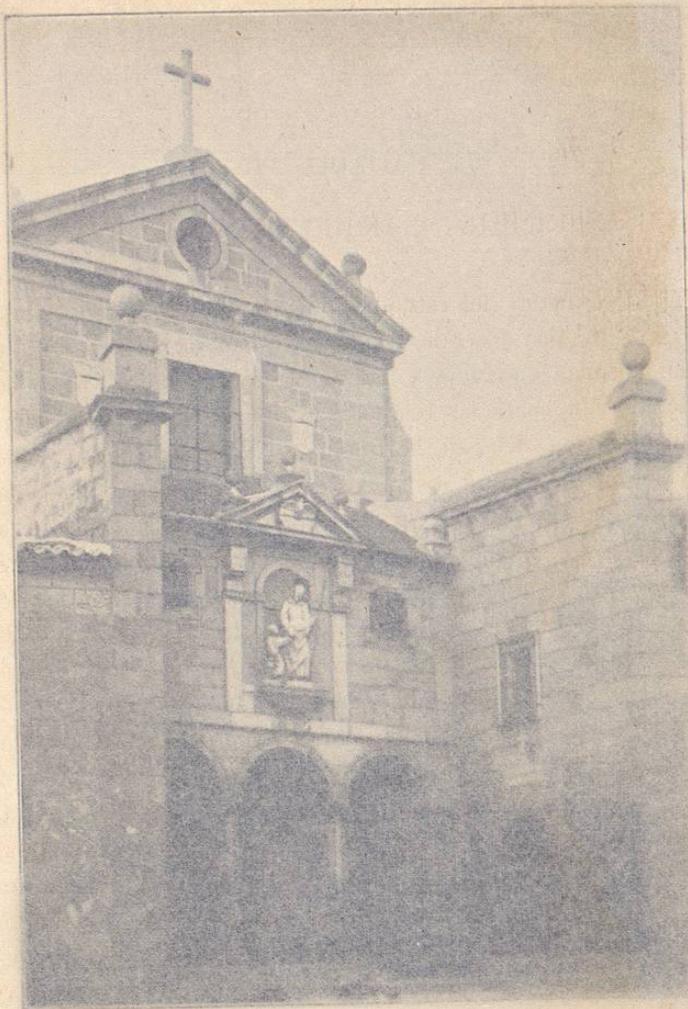


CAPÍTULO VII.

LA PRIMERA CARMELITA AMERICANA.

EN medio del estupor que produjo en el monasterio de San José de Ávila la muerte de su venerada y amadísima fundadora y priora, la santa Madre, no poco lenitivo fué para las religiosas recibir de nuevo á las Hermanas Ana de San Bartolomé y Teresa de Jesús, que vinieron de Alba á los pocos días, acompañadas sin duda por el Padre vicario, Fray Antonio de Jesús. En aquella veían á la compañera inseparable de la Santa durante catorce años casi continuos, en quien se reflejaba ya, por decirlo así, el fulgor de su santidad; y en ésta, á la sobrina predilecta, de su misma sangre, novicia educada por sus consejos y ejemplos durante el último año de su vida, y á quien desde entonces consideraron como recuerdo vivo de la propia Santa.

El monasterio también había quedado huérfano, y era preciso darle una nueva prelada. La elección, presidida por el Padre vicario, se verificó el miércoles 3 de noviembre de 1582 y recayó en la Madre María de San Jerónimo. El temible honor y la pesada carga de la sucesión de Santa Teresa correspondieron justamente á esta benemérita religiosa, una de las más notables entre las carmelitas primitivas. Como fué reelegida en 1585 y gobernó en suma hasta 1591, á ella tocó recibir la profesión de la Hermana Teresa de Jesús y cuidarla durante su juventud, influyendo



Iglesia del monasterio de San José de Ávila, primer Carmelito
fundado por Santa Teresa de Jesús.
Á la derecha, la capilla primitiva consagrada por la santa.



CAPITULO VII.

LA PRIMERA CARMELITA AMERICANA.

EN medio del estupor que produjo en el monasterio de San José de Ávila la muerte de su venerada y amabilísima fundadora y priora, la santa Madre, no poco lentísimo fue para las religiosas recibir de nuevo á las Hermanas Ana de San Bartolomé y Teresa de Jesús, que vinieron de Alba á los pocos días, acompañadas sin duda por el Padre escario, Fray Antonio de Jesús. En aquella veían á la compañera inseparable de la Santa durante catorce años casi continuos, en quien se reflejaba ya, por decirlo así, el fulgor de su santidad; y en ésta, á la sobrina predilecta, de su misma sangre, novicia educada por sus consejos y ejemplos durante el último año de su vida, y á quien desde entonces consideraron como recuerdo vivo de la propia Santa.

El monasterio también había quedado huérfano, y era preciso darle una nueva preta. La elección, presidida por el Padre vicario, se verificó el miércoles 3 de noviembre de 1582 y recayó en la Madre María de San Jerónimo. El temible honor y la pesada carga de la sucesión de Santa Teresa correspondieron justamente á esta benemérita religiosa, una de las más notables entre las carmelitas primitivas. Como fue elegida en 1585 y gobernó en suma hasta 1601, á ella tocó recibir la profesión de la Hermana Teresa de Jesús y cuidarla durante su juventud, influyendo



Iglesia del monasterio de San José de Ávila, primer Carmelo fundado por Santa Teresa de Jesús.

Á la derecha, la capilla primitiva construída por la Santa.

mucho en su vida espiritual. No será, pues, inoportuno dar una breve idea de quién fué esta carmelita, digna de ser llamada la sucesora de Santa Teresa.

Pertenecía á la parentela de la Santa, como hija de Don Alonso Álvarez de Ávila y Doña Mencia de Salazar. Había nacido en Ávila, por los años de 1541. Huérfana en temprana edad y siendo como era hermosa y rica, el mundo la solicitó con alardes de estima y cariño; mas enamorada por el Divino Esposo de las almas, María de Ávila lo dejó todo por Él, y fué la primera que vistió el sayal de carmelita descalza, recibéndolo de manos de la Santa, al año de fundado San José, esto es, el 30 de septiembre de 1563, fiesta de San Jerónimo, por lo que tomó el nombre del gran Doctor de la Iglesia. Profesó á 22 de abril de 1565, y comenzó desde luego á ser la principal cooperadora de la ínclita fundadora en el gobierno del monasterio, con prudencia consumada, energía tranquila y suavidad digna, que le granjeaban todos los corazones. De ella solía decir la Santa que era «como una alcancía, donde cada día se iba echando tesoro de virtudes y obras buenas»; y la venerable Ana de San Bartolomé, con no menos subido elogio, declaró que «desde la hora en que entró, fué espejo de perfección, muy observante en la guarda de su regla, que no parecía tener otro sentir que el que la obediencia le daba». No es por tanto de extrañar que á la muerte de la Santa fuese reconocida unánimemente como la única digna y capaz de gobernar aquella bendita casa, á la cual después de Santa Teresa puso ella más que nadie el sello de estricta observancia, afable sencillez y alegría espiritual, que la distingue hasta hoy. Posteriormente gobernó un trienio el convento de Madrid, en época azarosa para la Orden, y después el de Ocaña, del cual fué fundadora. Regresó de allí á Ávila, donde falleció, como diremos adelante, dando muestras de valor heroico en los

padecimientos de una operación muy dolorosa, el Sábado Santo, 6 de abril de 1602¹.

Esta insigne carmelita era digna de parangonarse con las más ilustres de las primitivas, las dos venerables Anas y María de San José, aunque diferente de ellas por su carácter, mezcla de inteligente fortaleza y dulzura, pero con cierta majestuosa calma, que la hizo prescindir de las perturbaciones y divisiones que afligieron los monasterios de Santa Teresa después de su muerte.

La Madre María de San Jerónimo fué, pues, la que, dos días apenas después de su elección de priora, recibió vivamente conmovida la profesión de la Hermana Teresa de Jesús, sobrina de la Santa Madre y nuestra primera carmelita americana. Sólo Dios sabe lo que pasó entonces en aquella alma virginal, que Él mismo acababa de purificar y templar de nuevo en esa fragua de amor que fué la muerte de la seráfica reformadora del Carmelo. Una hermana suya de religión, que parece haberla amado como la amamos nosotros, interpretó tres siglos después sus sentimientos de esta manera: «En cuanto á Teresita, pronunció sus votos con todo el fervor de su alma inocente, y desde ese día, entregada al amor de quien la admitía tan joven á las bodas de la cruz, se dejó inmolar con la dulzura y calma de un corderillo.»²

La fórmula íntegra de su profesión se conserva en el primer registro del archivo de San José de Avila, escrita toda y firmada por nuestra carmelita. Dice así:

«Yo Teresa de Jesús hago profesión y prometo obediencia, castidá y pobreza á Dios nuestro Señor y á nuestra Señora la Virgen María del Monte Carmelo, y al Reverendísimo Padre Prior General de la Orden de la gloriosa

¹ «Reforma de los Descalzos», t. II, l. XI, c. 5 y 6. — *Julián de Ávila*, obra citada, p. 235.

² Histoire de Sainte Thérèse, d'après les Bollandistes.

Virgen María del Monte Carmelo, Fray Juan Baptista Cafardo, y á sus sucesores, según la regla primitiva sin relación hasta la muerte. — Fecha en Ávila, á cinco días del mes de noviembre, año de mil y quinientos y ochenta y dos: y porque es verdad lo firmo de mi nombre. — *Teresa de Jesús* — María de San Jerónimo — Isabel Baptista — Ana de San Pedro.»¹

Este día era el primer viernes, 5 de noviembre de 1582: á los cuarenta y seis años de la profesión de Santa Teresa de Jesús, profesaba la primera heredera de su nombre en el Carmelo. El Padre vicario provincial de Castilla, Fray Antonio de Jesús, el más antiguo carmelita descalzo, le impondría probablemente el velo, si acaso no fué el obispo de Ávila. Fué ésta la primera profesión de la Descalcez, después de muerta la santa Madre; desde cuya fecha no habían transcurrido sino veintiún días, por causa de los diez suprimidos en la famosa variación gregoriana del calendario, y la Hermana Teresa de Jesús tenía diez y seis años cabales, recién cumplidos.

La pequeña comunidad de San José de Ávila quedó entonces compuesta de las doce monjas cuyos nombres ponemos aquí, indicando sus años de profesión: Reverenda Madre María de San Jerónimo, *priora*, 17 años de profesá; Reverenda Madre Ana de San Pedro, *supriora*, 11 a. pr., que era natural de Flandes y viuda; las Hermanas de coro María de San José, *clavaria*, 17 a. pr.;

¹ El preámbulo de la profesión es éste: «Á cinco días del mes de noviembre de mil y quinientos y ochenta y dos años, siendo General el Reverendísimo Padre Fray Juan Baptista Cafardo, hizo su profesión en esta casa de San Josef de Ávila la Hermana Teresa de Jesús, que en el siglo se llamaba Doña Teresa de Ahumada; fué hija legítima de Lorencio de Cepeda y de Doña Juana de Fuentes, y fué sobrina de nuestra Santa Madre; nació en las Indias en la ciudad de Quito; trajo de limosna un juro de cuarenta mil y ochocientos maravedís de renta; su profesión fué del tenor siguiente.»

Isabel Baptista, *clavaria*, 12 a. pr.; Ana de Jesús, 14 a. pr.; Petronila Baptista, 14 a. pr.; Mariana de Jesús, 6 a. pr.; Ana de los Ángeles, 1 a. pr., hija de la flamenca; y Teresa de Jesús, recién profesada; además las Hermanas legas ó del velo blanco, Ana de San Bartolomé, 10 a. pr.; María Baptista, 9 a. pr.; y Ana de San Francisco, 1 a. pr.¹

El dote que entregó la Hermana Teresa de Jesús al monasterio consistió en los 40.815 maravedís de renta que su padre tenía colocados en un juro sobre las alcabalas de Guadix, pagándose el ajuar y los gastos de profesión con los réditos caídos del dicho juro, según consta de una concordia entre el monasterio y Don Francisco de Cepeda, y la consiguiente donación que á éste hizo su hermana de todos sus derechos en la herencia de Don Lorenzo de Cepeda, excepto el dicho juro, como larga y repetidamente, á estilo jurídico de esa época, se expresa en una escritura, cuya copia existe en el archivo del monasterio, y otorgada en Ávila á 1.º de noviembre de 1582. Estipulábase, sin embargo, que, á morir Don Francisco sin descendencia ni herederos de su mayorazgo, volverían los bienes cedidos por Teresa al monasterio, con el cargo para éste de reembolsar á la viuda su dote y arras que había aportado al matrimonio: suposición que en efecto se realizó, como ya veremos más adelante.

Con este dote de la Hermana Teresa, el monasterio, que estaba muy escaso de recursos, recibió mucha ayuda, conforme á la esperanza de la santa Madre; y este juro sobre la villa de Guadix, comprado en Quito diez años antes, cuando Teresita no salía aún de la infancia, sirvió á consolidar una vez más la primera fundación de carmelitas descalzas.

¹ Archivo del monasterio de San José, en Ávila. — No deben confundirse estas Hermanas Ana de Jesús y María de San José con la Venerable y con la célebre priora de Sevilla.

Dando ahora de mano á estos asuntos temporales, sigamos ya á la nueva carmelita en su vida de oración, penitencia y sacrificios continuos. Considerada y querida por todas las Hermanas como el Benjamín de la casa, por su bella índole y por el recuerdo siempre vivo de la santa Madre, no parece sino que su vida hubiera de deslizarse suave y tranquilamente entre la contemplación de las cosas divinas y el desempeño de los modestos oficios domésticos; pero Dios nuestro Señor, que sabe por dónde lleva á cada una de sus almas escogidas, señaló á la primera carmelita americana un camino sembrado de espinas, análogo al que debían recorrer, casi junto con ella Rosa de Lima, y después de ella su compatriota, Mariana de Jesús, de Quito.

Mas, antes de penetrar en estos secretos de su vida interior, recordemos un hecho que debió de impresionar profundamente á la joven religiosa. Cediendo á las justas reclamaciones del obispo de Palencia, Don Álvaro de Mendoza, el capítulo general de los carmelitas descalzos, reunido en Pastrana, ordenó que el venerado cuerpo de Santa Teresa fuese trasladado de Alba de Tormes á Ávila, con la brevedad posible y el mayor sigilo. Así se ejecutó en la noche del 24 de noviembre de 1585, y al día siguiente la comunidad de San José alborozada recibía en triunfo la maravillosa reliquia de su fundadora, priora y Madre santa carísima¹. «Las luces que se habían encendido eran tantas», refiere la venerable Ana de San Bartolomé, «que el convento parecía un cielo. La santa Madre hacía mil cariños á sus hijas, pues adonde quiera que estuviesen, allí se les aparecía y consolaba.»

¹ Anteriormente había tenido en el coro por algún tiempo, sin saberlo, dentro de una cajuela, la mano izquierda de la Santa, que el P. Gracián depositó allí y después se llevó á Lisboa, donde hoy se venera en el monasterio de carmelitas.

El estado en que se hallaba entonces el santo cuerpo, que pudo mirar y tocar muchas veces la Hermana Teresa de Jesús, nos lo describe el Ilmo. Señor Yepes, quien á la sazón era prior de los jeronimitas de Madrid y confesor de Felipe II. Había venido expresamente de la corte para venerar tan estupenda reliquia, y junto con el obispo de Ávila, Don Pedro Fernández de Temiño, con el licenciado Laguna, después obispo de Córdoba y entonces presidente del Consejo de Indias, y con el licenciado Contreras, oidor del Consejo Real, y con otras personas hasta veinte¹, logró examinar á su gusto el santo cuerpo, al que faltaba el brazo izquierdo dejado en el monasterio de Alba. Esta inspección se hizo el 1.º de enero de 1586. «Sacaron», dice, «las monjas el cuerpo á la portería, y el obispo y todos nos hincamos de rodillas, adorándole y reverenciándole como era razón. Levantámonos luego, y estando todos descubiertas las cabezas, lo miramos muy atentamente, no sin grande admiración y lágrimas. Estaba entero sin corrupción alguna, y con muy buen olor, y tan asidos los huesos y nervios unos con otros, que cuando lo sacaron del arca, se tenía en pie con muy poca ayuda. Los pechos estaban levantados y llenos de carne, el vientre tan lleno como cuando expiró, la carne tan tratable, que llegando con el dedo se hundía y levantaba como si estuviera viva; y con ser una mujer tan corpulenta, no pesaba el cuerpo más que si fuera un niño de dos años, que parecía que estaba ya vestido, no sólo de la incorrupción y fragancia, sino también de la agilidad de los cuerpos bienaventurados. Los médicos, que miraron estas y otras circunstancias con más curiosidad, como quien entiende tan bien la raíz y principios naturales de la corrupción

¹ Asistieron muy probable, y casi seguramente, podemos decir, Pedro de Ahumada y Francisco de Cepeda, domiciliados entonces en Ávila, y tal vez Agustín de Ahumada, que ya había venido de Indias á España.

de un cuerpo muerto, hallaron más ocasión de admirarse, y dieron muchas razones, confirmando ser aquella incorrupción divina y milagrosa. No menos nos admiramos todos al ver el paño ensangrentado, de que hemos hecho mención en el capítulo pasado¹. El obispo de Ávila, después de haber visto el santo cuerpo, encargó mucho á las religiosas la veneración de aquella santa reliquia, y les advirtió no se tornasen á servir de aquella alfombra sobre que había estado mientras le habían visto, por la veneración que se debía á tan santa reliquia.»²

¹ «Como á la Madre le salía tanta sangre cuando murió, le habían puesto, para mayor limpieza, un pequeño manteo de estameña blanca nueva, el cual se hinchó todo de sangre, y habiéndola enterrado con él, hallaron entonces á cabo de tres años y dos meses, la sangre en el manto con un color muy vivo, tan fresca como si aquel día le hubiese salido de las venas; y con ser la sangre de tal condición, que estando dos horas fuera del cuerpo le acaece lo que al pez fuera del agua, que luego pierde la vida y virtud, y se cuaja y corrompe, ésta no lo estaba después de tanto tiempo, antes tenía dos extraordinarias propiedades, la una, un olor suavísimo, la otra, que todos los paños que se llegaban á ella, y en que se envolvía, los dejaba teñidos en sangre, y yo vi parte de este paño (y pienso que dura hasta hoy en el convento de Ávila), y otros muchos, que de haberse tocado á él, participan la misma sangre y olor.»

² Ilmo. Sr. *Yepes*, Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús, l. II, c. 42. — Una descripción aun más minuciosa del santo cuerpo se puede leer en el l. IV, c. 2, de la misma obra. «La carne de color de dátil, aunque en algunas partes está muy blanca. Lo que más obscuro color tiene es el rostro, que como cayó el velo sobre él, y se quebrantó el ataúd, entró la tierra y agua, y así quedó la color más perdida en él que en lo demás, pero está entero, de tal manera que ni en el pico de la nariz (aunque le tiene maltratado) no tiene rastro de corrupción alguna. Los ojos están secos, porque se ha gastado la humedad que en ellos tenía, pero en lo demás enteros. En los lunares que tenía en el rostro, se tiene aún los pelos. La boca tiene del todo cerrada, que no se puede abrir, y tiene todos sus cabellos en la cabeza, sin que le falte uno.... Donde se le cortó el brazo está más jugoso y aceitoso, porque despidió más olio por aquella parte que por otra. El otro brazo, que está en el cuerpo, que es el derecho, está bueno y sano, y la mano muy bien hecha, y puesta como quien echa la bendición. Los pies están muy lindos y proporcionados, y en fin, todo el cuerpo vestido y lleno de carne: está tan derecho, que con sólo arrimarle un dedo en la espalda se tiene

«Tuvieron al principio las monjas el santo cuerpo», dice el Padre Rivera, «en el capítulo en unas andas con sus cortinas muy bien puestas; después hicieron un cofre largo á manera de tumba, aforrado por de dentro de tafetán morado con pasamanos de plata y seda, y por de fuera de terciopelo negro con pasamanos de oro y seda, y la clavazón dorada, como lo son también las cerraduras y llaves y aldabas, y dos escudos de oro y de plata, uno de la Orden, otro del santísimo Nombre de Jesús. Y encima desta tumba un letrero de tela de oro bordado que dice: La Madre Teresa de Jesús: ésta vi yo, y aunque no estaba allí el cuerpo se tenía el olor.»¹

En efecto, pocos meses les duró el gozo á las carmelitas de Ávila. La duquesa de Alba, que se creía defraudada de un tesoro suyo, puso en movimiento á su poderosa familia y recabó del Papa Sixto V un breve, con orden terminante á los Padres carmelitas para que restituyesen el santo cuerpo al monasterio de Alba de Tormes, como se hizo el 23 de agosto de 1586. Apenas había permanecido nueve meses en su ciudad natal.

Mientras estaba todavía el cuerpo de la Santa en San José de Ávila, se manifestó de un modo portentoso su voluntad de que su sobrina no saliese de aquel monasterio. He aquí el suceso, tal como lo relata la Crónica del Carmen: «La priora de Valladolid, María Bautista, hizo grande instancia por llevársela, y no menor para detenerla en Ávila María de San Jerónimo. Dudosos del gusto de la Santa, ellas y los preladados encargaron á la venerable Ana

en pie, como si fuera todo de una pieza, y le visten y desnudan las monjas, como si estuviera vivo.» — Coincide con la narración y descripción del Ilmo. Sr. Yepes lo que dice la Hermana Teresa de Jesús, en su primera declaración, sobre el cuerpo de la Santa.

¹ P. Rivera, obra citada. — Todavía se guarda con veneración en San José de Ávila esta arca donde estuvo el cuerpo de Santa Teresa, y tal como la describe su primer historiador.

de San Bartolomé, por la familiaridad con que sabían la trataba (aun después de su muerte), se fuese delante de su sagrado cuerpo, que á la sazón estaba en aquel convento, y le suplicase las sacase de la duda. Hizolo así, y la Santa respondió: «Teresa no ha de salir jamás de Ávila»; con que cesó la contienda, y vióse adelante la verdad de la profecía, porque con haber querido varias veces sacarla para nuevas fundaciones, nunca la determinación llegó á efecto.»¹

En San José de Ávila es donde el Señor quería crucificar á su esposa consigo, y lo hizo, como ya lo hemos anunciado, en la cruz pesada y dolorosa de las tentaciones y penas interiores. Lo refieren así los cronistas de la Orden; pero ningún testimonio será más autorizado y perfecto, que el de la misma carmelita, que, en su declaración, ó casi diríamos confesión general y pública, hecha la víspera de su muerte, nos dijo bajo juramento lo que sigue.

«Que, cuando profesó en Ávila, por algunos años tuvo grandes tentaciones contra la fe, que aunque por la misericordia de Dios no sabe que consintiese en ellas, la traían muy afligida, y que hallaba que para la pacificación dellas ningún medio la aprovechaba más, que el acordarse de la fe de la santa Madre y de las obras maravillosas que por ella y con el favor de Dios había hecho; y con este alivio ha pasado esta declarante algunos años, y finalmente en estos últimos, sin saber cómo, se le han quitado del todo estas tentaciones, piensa que por medio de la dicha santa Madre.»²

En otro pasaje, después de confesar la sentida reconvencción que le hizo la Santa en Valladolid y los trabajos que le profetizó, agrega: «Después lo comenzó á experi-

¹ «Reforma de los Descalzos», t. III, l. XIII, c. 13.

² Segunda declaración de la Hermana Teresa de Jesús.

mentar, y á los tres ó cuatro años después de la muerte de la dicha santa Madre, fueron tan fuertes, continuos y exquisitos los trabajos interiores y exteriores que la vinieron, que la traían como fuera de sí; los confesores se espantaban y no sabían qué decir ni qué hacer, especialmente viéndola con una tentación nunca oída de que la resultaron otras muchas, en que duró lo más recio diez (dos?) años: procuraba algunos medios para aliviarse, y permitía Dios que nada de su consuelo se efectuase, sino que todo la afligiese más; y aunque no se declaraba con la Madre Ana de San Bartolomé, entendió (ésta) en la oración, cuando estaba en este convento el cuerpo de la santa Madre, que no la convenía á esta declarante lo que pedía: no se lo dijo entonces la dicha Madre Ana de San Bartolomé, aunque andaba afligidísima. Y sin saber cómo, poco después se le vinieron á quitar á esta declarante todos aquellos trabajos, quedándose la causa dellos, que es lo que más espanta. Y ha algunos años que está tan libre, como si nunca hubieran sido, echando de ver en esto cómo Dios aflige y sana tan ocultamente á una alma, y de lo que la han salvado á la suya las oraciones é intercesión de la dicha santa Madre.»¹

Por esta declaración se ve que la joven carmelita, muerta ya su tía Santa Teresa, no sólo contaba con la amorosa vigilancia de ella desde el cielo, sino aun en la tierra con el apoyo y dirección de otra verdadera santa, la entonces simple hermana conversa Ana de San Bartolomé, pero ya favorecida con dones extraordinarios de oración y otras gracias singulares. La venerable sierva de Dios, á quien Santa Teresa parece que hubiese legado su amante corazón, para saber amar y atraerse el afecto de todos cuantos se llegaran á ella, aficionóse grandemente á Teresita desde

¹ Segunda declaración de la Hermana Teresa de Jesús.

que la conoció; mas en el año de la fundación de Burgos, sus cuidados se repartieron entre la anciana Madre y la joven novicia que la acompañaba, hasta el último; y muerta la Santa, Ana de San Bartolomé recibió en sus brazos á la tres veces huérfana, y la amó con ese entrañable amor con que aman los santos, y que á la postre vuelve también santa á la persona amada. Hasta que la Venerable salió de Ávila para ir á las fundaciones de Francia, bien puede asegurarse que fué guía y consuelo de la Hermana Teresa de Jesús, y á entrambas las encontramos siempre juntas¹.

Pero, cuando más arreciaba la tempestad y la frágil barquilla corría riesgo de naufragar, el celestial piloto, la misma Santa Teresa de Jesús, bajaba del cielo para enderezar y afirmar su rumbo. En la Orden del Carmen ha quedado constancia por lo menos de una aparición de la Santa á su predilecta sobrina. La última y más filial narradora de su vida, hablándonos de Teresita, muerta que fué su tía, continúa en estos términos. «Su delicada salud, sus pruebas espirituales, su deseo de alcanzar una perfección de la que se creía muy lejos, entristecieron á menudo su vida, sin quitarle la gracia hechicera de su carácter, ni el candor de niña que había traído al claustro. Santa Teresa la sostuvo en medio de sus penas. 'Confusa de verse en compañía de las Hermanas, y tan anonadada á sus propios ojos, que se creía indigna de llevar el nombre de carmelita, Teresita se acongojaba un día sobre manera cuando la Santa se le apareció, la abrazó y acarició, manifestándole tanto amor y ternura que la dejó bien consolada.' Asimismo la alivió más de una vez en sus enfermedades, la enseñó á santificar sus males con la paciencia y le hizo amar ciertos estados interiores, muy dolorosos sin duda, pero en ex-

¹ Las declaraciones de la Hermana Teresa de Jesús tienen por esto bastante importancia para la biografía de la Vble. Ana de San Bartolomé.